Asuntos cotidianos
Diego López del Barrio

Premio restringido para estudiantes de la ESO
XXXI Concurso de cuentos
“Emiliano Barral”

I.E.S. Andrés Laguna
SEGOVIA
2009
Roberto el protagonista

Es un día invernal en Madrid y estamos en al hora del recreo del instituto de Los Naranjos, un centro que no es de los más conflictivos de la capital. Roberto, un chico de 2º de la ESO, delgado y moreno, sale de clase el primero, ya no le apetece estar con sus compañeros de siempre, y se junta con Walter, un matón dominicano del instituto; ha tardado en hacerse colega, pero ahora hay buen rollo entre los dos. Aunque es dos años mayor que Roberto, Walter está en su mismo pasillo, en 2ºB, porque repitió primero al llegar de su país y ahora está repitiendo segundo, porque no da palo al agua; menuda chorrada eso de los estudios. Ahora son inseparables, sobre todo desde que el hispano le sacó de un lío que tuvo con un creído de clase; sin embargo, sus compañeros de toda la vida le dicen que no
vaya con él, porque es de los que fuman porros y la están liando siempre, pero Roberto, apenas toca el timbre, sale disparado a buscar a sus nuevos amigos.

Hoy se ha juntado otra vez con los amigos de Walter, todos mayores que él, todos repetidores y con pocas ganas de estudiar; se están echando pitillo en una zona del patio a la que no van los profesores, esos pringados. Cae algo de nieve y el cigarrillo sienta muy bien después del aburrimiento de la última clase.

—Eh, tío —le dice Ali, un moro amigo de Walter— dale un tiro —y le ofrece un cigarrillo Marlboro.

—No, ya sabes que yo no fumo —se niega Roberto—. Es que no me va.

—Venga, hombre, que sólo es una calada —le anima Walter, mientras le guíña un ojo.

La verdad es que hacía tiempo que quería probar el tabaco, pero no se decidía, pensaba que sería otra decepción para sus padres. La verdad es que los tenía angustiados y a veces pensaba que sus viejos tampoco se lo merecían, pero...

—Bueno, por uno no creo que pase nada —se convence y le da una calada.
Ante las miradas burlonas de sus amigos aspira fuertemente, él no va a ser menos que los demás, y el humo le entra hasta los pulmones a una velocidad vertiginosa rompiendo algo por dentro; Roberto tose y escupe, se congestiona, pero después de un rato nota una sensación de relajación que le anima a seguir. Además ahí está Walter, con esa sonrisa de colega que le anima a seguir.

—¡Felicidades, tronco! —exclama Ali—. Tu primer Marlboro.

Sin embargo, la felicidad se desvanece en cuanto ven llegar al de Naturales: ¿a qué habrá venido?

—¡Eh, vosotros! —grita el de Naturales— ¡A Jefatura!

Pero ellos echan a correr y cuando están a punto de dejar atrás al profesor que vocifera como un loco, aparece El Sueco, un chico alto y rubio de pelo y piel (de ahí su mote) y, como haciéndose el despistado, le pone la zancadilla a Walter; éste cae y se hace daño en la rodilla, pero lo peor es que el profesor le caza. Los demás no se paran y se marchan corriendo.

Cuando ha pasado el peligro, ya en los servicios, comentan la faena de El Sueco; están seguros de que le ha tirado adrede, porque se la tenía jurada sólo por-
que es hispano y el otro es un racista de mierda. No están para ir a clase, hay cosas más importantes de que hablar. En ese momento oyen que alguien entra en el servicio; todos se callan por si son los de guardia.

-Hola, troncos -es Walter que viene hecho una furia: le han echado una bronca monumental, que a él le resbala, pero lo malo es que le van a abrir un expediente y probablemente le van a expulsar un mes lectivo, y todo por culpa de El Sueco, menudo c... Pero esto no se va a quedar así, Walter quiere venganza y les dice que a la salida ya verán de lo que es capaz.

En las siguientes horas comienza a correr por el centro la noticia de que a última hora va a haber movida. Roberto, agobiado por haberse fugado la anterior clase llega, aunque tarde, a Francés; menudo rollo, a pesar de que la profesora no le dice nada por el retraso, en eso es más legal que otros. Francés, y para qué quiere él aprender un idioma tan ridículo; la verdad, en qué estarían pensando sus padres para meterle esa optativa, con lo bien que estaría en uno de los talleres, con todos los colegas y los tíos interesantes del insti. Pero hoy no puede dejar de darle vueltas a la pelea que se está preparando, le gustaría echar una mano a su amigo, pero todavía no ha dado el estirón y tiene unos brazos bastante birriosos. ¡Qué va a hacer él contra los fachas esos!

30
A ver, Roberto —dice la profesora de Francés—, tradúzcame una de las frases de la pizarra, que parece que estás en babia.

—No puedo, me encuentro mal —dice él.

Y es verdad, no tiene buena cara, pero es por los nervios ante la pelea, aparte de los efectos de su primer cigarro, que tampoco es que le haya sentado muy bien. Además, acaba de ver pasar a su colega Alí por el pasillo, otra vez fuera de clase, y lo que le aye tece es comentar la faena de El Sueco y la bronca que se ha montado.

—¿Qué te pasa, hombre? —le pregunta la profesora.

—Pues que me duele la tripa —contesta él; por supuesto es mentira.

—Bueno, pues si quieres vete al servicio a beber agua.

Quedaban quince minutos para que terminara la clase y luego había Educación Física, así que Roberto decide remolonear con Alí por el pasillo y no volver a Francés. Los ánimos están muy excitados y sólo hablan de la pelea. En todo caso, Roberto se queda mosca con Alí, porque le da la impresión de que, aun—
que amigo de Walter, no está por la labor de echar un cable al hispano.

Última hora: Educación Física. Es una clase en la que van a su aire, salvo cuando toca correr, por lo que, entre canasta y canasta, sigue la comidilla del día. Todo son explicaciones de lo sucedido, recordar hechos pasados, o faenas de El Sueco. Los ánimos siguen caldeados y buena parte de la gente espera el timbrazo final para acudir al espectáculo en El Callejón. Ya casi al final de la supuesta clase se acerca a Roberto una chica de su clase y le dice que no vaya, porque es una pelea peligrosa entre Latin Kings y skinheads, que a ver si se va a meter en un lío; también, que si quedan un día para hacer un trabajo que les mandaron y del que Roberto ya no se acordaba. La chica le mira con simpatía, pero Roberto está pendiente de lo que se comenta, por lo que no le hace ni caso; además piensa que es una exagerada, tampoco se trata de bandas organizadas, solo gente que se reúne por afinidad.

Y por fin suena el timbre; todo el mundo sale escopetado y se dirigen a la salida pensando en la pelea. Roberto ni se cambia de camiseta ni nada, desobedeciendo al profesor de Educación Física, que le pone un negativo. En la calle se están formando los grupos, los de Walter, casi todos hispanos, y los de El
Sueco, todos nacionales. Roberto llega a donde está Walter, al lado de la puerta, y se quedan esperando al resto de amigos. Para entonces la noticia de la pelea se ha difundido como el fuego en verano, solo los pro-fes están en la inopia, y salen del centro tan contentos después de haber tenido que soportar a unos alumnos desmotivados y con pocas ganas de estudiar. También El Sueco y sus amigos esperan a que salga todo el mundo del instituto, ya está bien de que esos hispanos mangoneen en su centro.

Una vez han salido todos, los dos rivales encabezan el mogollón enfebrecido por la noticia de la pelea, todos van ufanos, va a ser memorable, por lo que siguen a Walter y El Sueco, con ese borreguismo característico de los momentos previos a la pelea. La gente de primero y los más inteligentes de los demás cursos se dirigen a sus respectivas casas, mientras ven cómo se aleja el resto, camino de El Callejón. Roberto y los demás están cegados por la emoción de una pelea de tan alta categoría.

Walter y El Sueco son animados por sus respectivos amigos, los cuales, en vez de intentar aplacar la tensión, calientan más los ánimos y enardecen a los dos contrincantes. Todo el mundo espera que hoy haya un buen espectáculo y que le den lo suyo al facha de El Sueco o al macarra de Walter. Éste se ha
colocado un anillo de un dragón de oro muy aparato-
so y se ha quedado en manga corta, porque llevaba
una cazadora muy incómoda para una pelea; El Sueco
se ha quedado en sudadera. Walter es alto pero maci-
zo; El Sueco es más alto, pero también más delgado.

Por fin llegan al lugar acordado, lo suficientemen-
te recóndito para que nadie ajeno presencie la pelea;
solo para alumnos de secundaria. Como han tardado
unos diez minutos en llegar, los ánimos de ambos
contrincantes están hirviendo. Por fin la mecha se
consume, para contento de la mayoría de los allí pre-
sentes, nadie desea impedir la pelea, a pesar de tan-
tas tutorías como se han tragado en sus años escola-
res. Walter se lanza sin previo aviso contra El Sueco;
a pesar de su corpulencia tiene una agilidad pasmo-
sa y consigue propinarle un rodillazo en las partes
de su contrincante, que apenas ha tenido tiempo de
reaccionar. El Sueco queda desarmado por el dolor
y Walter aprovecha su indefensión y le propina una
serie de puñetazos con la mano que porta el anillo;
El Sueco apenas si puede taparse del aluvión de gol-
pes que le propina el enemigo; comienza a sangrar
mientras su agresor es jaleado por la muchedumbre
de alumnos. A éstos les da igual quien reciba, lo
importante es la pelea y seguro los dos contrincan-
tes han abusado en alguna ocasión de ellos, el públi-
co inocente.
Ese es el momento del zafarrancho general, los colegas de El Sueco se van contra Walter y esto provoca que los de este último salgan en defensa de su amigo. Sin darse cuenta, Roberto se ve de repente implicado en la pelea y propina un puñetazo a un amigo de El Sueco y le rompe la nariz, o eso cree por el dolor de su mano.

—¡La poli! ¡La poli! —grita alguien. Se produce un caos general y todo el mundo sale corriendo. Pasado un rato, Roberto, que está exultante de alegría por la machada de haber participado en su primera pelea (su primer cigarrillo, su primera pelea, jo, vaya día más redondo), se encuentra con Walter (ya no puede ser mejor, va con el más guay) y deciden volver juntos a casa, aunque tampoco es que vivan muy cerca. Van hablando de la “victoria” absoluta de Walter y éste, que ha tenido ocasión de ver en medio de la refriega la actuación de Roberto, le abraza y comen-
tan los pormenores de la misma.

—¡Esos niñatos pijos son una mierda! —exclama Walter.

—Te lo digo yo —contesta lleno de orgullo su compa-
niero.

Pero no han visto que por otra calleja llegan tres
amigos de El Sueco, que al descubrirlos comienzan a insultarles. Pronto llegan a las manos y aunque Walter está en inferioridad, su anterior victoria le hace obviar el peligro, él se los puede merendar a todos esos mierdas. Sin embargo un nuevo Roberto no puede dejar a su colega; además, antes no le había nada mal en la pelea, por lo que sin pensárselo dos veces marcha contra los contrincantes que ya están liados con Walter. El más alto, apenas si se percata del enano que viene contra ellos y le da un revés para dejarle en su sitio. Roberto cae de mala postura y se golpea contra el bordillo; nadie se percata de que sangra abundantemente por la cabeza. En ese momento aparecen unos amigos de Walter, por lo que los de El Sueco salen por patas, perseguidos por los hispanos. Nadie se fija en que en el suelo permanece Roberto, que muere sin atención, solo, como una víctima más de las inocentes peleas de instituto.